



PERFILES DE UNA CIUDAD: TALAVERA

# Aproximaciones

*José Luis Reneo Guerrero*

*Empresario Consultor y Presidente de la Asociación de Amigos del Museo de Cerámica*

Acércase a Talavera es hacerlo entre vegas huertanas, es hacerlo entre aguas. Talavera sin el agua no se explicaría. Un río y muchos arroyos hienden su historia, como aquella Nacional V que la colapsaba de repletos seiscientos los sábados por la mañana.

Desde el mar de Lisboa, Talavera es Tajo remoto; desde Madrid, es provinciana y proveedora de cerámicas; desde Toledo, es vecina de Tajo abajo; desde Gredos, es campos de destino para sus nieves. Para muchos pueblos de su entorno, es lugar de pertenencia de cuando por toda Castilla se hablaba de este pujante Alfoz. Hoy es centro de referencias administrativas, y un espacio para “mercaderear”.

La villa que Alfonso el Onceno regaló como dote a María de Portugal tomó el apellido “de la reina” y tenía corona de torres albarranas. Desde afuera, las altas murallas reflejaban su valor estratégico entre los solares ibéricos... una ciudad militar... lugar de fronteras donde los círculos de la historia, nunca conclusos, intentan acrisolarse.

Por dentro de la villa no hay laberintos. La que pasó a ser ciudad de arzobispos se pobló de torres campaneras y clerecía. Desde adentro, era una ciudad teologal.

La vitalidad urbana siempre aquí fue superior a la de sus campos. La ciudad de los tres recintos construye y destruye con ritmo vertiginoso sobre su vientre de agua. Los que a ella vienen en muchos casos, casi siempre, están de paso. Muchos de sus pobladores tienen doble filiación: aquí se trabaja, se invierte, se procrea, pero sus corazones y sus recuerdos están en sus pueblos de origen. Estas fronteras interiores, las otras fronteras, y las del agua con la tierra quizá sean la causa de cuán difícil es que las raíces calen hasta lo hondo. Idiosincrasia de encrucijada.

Acercarse desde el recuerdo y la memoria es evocar presencias y caminar por ausencias. Desde Medina del Campo y sus claustros, Talavera era mi pueblo, de recuerdos familiares y monaguillescios. Calar en los nueve años es encontrar una infancia que transcurrió entre el gran patio del colegio de los maristas jugando a las “bandas”; el barrio, para aprender de bicicletas; el cañaveral que crecía cerca de las vías del tren, como frontera para otros juegos; y el olor a cera e incienso de la iglesia de los Padres

Carmelitas, con aquella sinfonía que formaban los rosarios y la caída de abanicos sobre los pechos beatos. Las mujeres entonces olían a Myrurgia y Maderas de Oriente. Los de la chavalería quedábamos para la sesión infantil de Cine, un encuentro semanal en las desaparecidas salas Marjul, Coliseum, Palenque, con Tarzán y los indios del Far West. También había una alameda de serios árboles, entre los jardines de la Virgen del Prado y el río, en la que los “más mayores” jugaban a los novios. Entonces la Biblioteca Municipal era un tenebroso y denso espacio al final de la Plaza del Pan, a escasos pasos del Museo de cacharros viejos de Ruiz de Luna. La luz de las lucernas cortaba la silueta del viejo bibliotecario y el olor a mohano ancho de saberes contenidos. Por entonces la antigua fiesta de Mondas eran dos carneros engalanados del vecino pueblo de Gamonal y algunos mocosos en tarde de novillos acompañando al cortejo hasta la ermita de la Patrona.

Entre los años me han crecido, a mí y a mi pueblo, libertades, muchos niños de los niños que fuimos, muchos ladrillos, calles nuevas, grandes edificios y últimamente hasta un centro universitario. Pero si algo emblematiza el cambio de entre los infantes sesenta y el adulto fin de siglo, es el flamante Museo de Cerámica, merecido espacio de reflexión y encuentro con las producciones alfareras que han llevado el nombre de Talavera a la literatura Universal en los textos de Quevedo, Lope y Cervantes; a la pintura, con Zurbarán; y a dispensar por todo el mundo sus azules cerámicos.

¡Casualidad de azules! En los cielos, en las aguas, en el cobalto de las lozas..., en estos cuadernos Añil de tentativas... y no sé si quizá en los versos de agua de nuestro insigne poeta Morales, “*por mi ciudad va un río/quieto en su instante exacto/en que yo lo recuerdo...*” □